

Pedro ORGAMBIDE

# Recordando a Raúl

**L**A primera vez que lo vi fue en 1945, al final de una tumultuosa manifestación, en una cálida lechería, cercana al Congreso. Estaba con otro querido amigo, el poeta José Portogalo. El nos presentó. Me sentía bastante incómodo con mi cuerpo apaleado, la ropa en desorden y mis dieciséis años, con un volante en un bolsillo y el manuscrito de un poema en el otro. Allí estaba Raúl González Tuñón "en persona". Sabía sus versos de memoria, versos que hablan del mar y la aventura, y esos otros del poeta que, como decía Neruda, "fue el primero en blindar la rosa". Yo quería ser como él, escribir a los veinte años un libro hermoso como **El violín del diablo**. Como era amigos, Raúl nos contaba anécdotas de Carlos de Púa, el poeta lungardo que compartió con él su amor por los barrios humildes, por el tango, por las señoritas de las orquestas de señoritas y las victroleras que todavía, en esa época, adornaban de melancolía el palco del café. También recuerdo que ese día Raúl me habló de su hermano Enrique, el escritor muerto hacía poco. Me acuerdo de la nota que había publicado Raúl en el periódico **La Hora**, la despedida fraternal a Enrique, ese demorarse por las calles que deambularon juntos, donde estaba el frutero, el buhonero sirio, la muchacha que baldea la vereda, los niños indiferentes a la muerte, los vagos, los ganapanes, los pillos, los diareros, toda esa gente que Enrique había llevado a su prosa y Raúl a sus versos. Portogalo evocó a Enrique como al profundo conocedor de tangos, que había sumado a su mitología algunos personajes. "Pero el bailarín sos vos", dijo Raúl y me contó que Portogalo, después de trabajar de albañil, se había ganado la vida como bailarín profesional. (Raúl también fue un buen bailarín de tangos. Como Leopoldo Marechal y Ricardo Güiraldes). Cuando la calle quedó despejada de carros policiales y otras molestias, nos fuimos caminando hacia el centro. Raúl recordó otras manifestaciones, las primeras que vio de niño, en los hombros de su abuelo Manuel Tuñón. "Parecen las mismas; dejan olor a pólvora y voces en el aire ¿no? Y las voces se quedan en la lluvia", dijo, mientras avanzábamos por la calle húmeda, bajo una garúa mansa, una llovizna como de tango. Algunas horas después, frente al vaso de vino, le leí los versos que llevaba en el papel arrugado. Me dijo

que los iba a publicar en la página literaria del periódico **Orientación** y me preguntó si quería trabajar con él. Claro que quería, era lo que más quería en el mundo.

Me venía riendo solo en el tranvía. Oí que el guarda le decía un pasajero: "¿Qué va a hacer? A esta hora viajan los borrachos y los locos."

## BUENOS AIRES, 1947

Raúl amaba el olor a tinta de las imprentas, el ágil movimiento del tipógrafo que coloca las líneas de metal o las saca con algo de prestidigitador, de enloquecido jugador de dominó a la hora de cierre del periódico. A la madrugada, bajo el polvo amarillo, el olor de los ácidos de los fotograbadores, entre esos linotipistas tan cultos y polémicos, que siempre saben más gramática que uno, solíamos encontrarnos con Raúl en el viejo local de **Noticias Gráficas**. Los domingos subía al taller Pablo Rojas Paz, el delicado poeta tucumano que escribía sus cróni-

cas de fútbol con el seudónimo "El Negro de la Tribuna". El seudónimo le venía bien al poeta, tan moreno, con su boca de mulato y los ojos tristes y burlones a la vez. El Negro (que fue uno de los grandes cronistas deportivos de Argentina y sin duda el mejor de su época) escribía por aquel tiempo relatos bellísimos de su lejano Tucumán y conversaba la poesía de Stephan Mallarmé. Otro de los que llegaban era el poeta González Cabalho, uno de los mejores cronistas policiales de aquellos tiempos. Su éxito, creo, consistía en que siempre estaba del lado del ladrón. Una noche Raúl, improvisaron, a la manera de los payadores, un memorable contrapunto acerca de la poesía de Francois Villon, de la afición a la taberna y la aventura. Dejamos el diario y echamos a caminar por esas calles que Raúl conocía palmo a palmo. Fuimos a comer a un fondín, frente al Mercado de Abasto. Los camiones rebosantes de verduras y de frutas, llenaban la calle. El puchero y el vino fueron generosos. Era una hermosa noche, empañada, en parte, por un compañero muy sectario, que recitaba, sin fervor, su catecismo político. Mi extrema juventud hizo que me violentase inútilmente. Raúl se interpuso. El otro se fue. Al salir de la fonda, ya con la luz del día, Raúl me dijo, entre triste y burlón:

-Lo que ocurre, Pedro, es que la madrugada y la Revolución cada vez tienen peores compañías.

En este tiempo, la Avenida de Mayo, en Buenos Aires, era una sucursal de Madrid en el exilio. Ex combatientes del legendario 5º Regimiento, voluntarios de las Brigadas Internacionales, poetas de "la España peregrina", se daban cita en esos cafés de la Avenida de Mayo, donde se fundaban editoriales, se intercambiaban trabajos y se revivía la pasión y el duelo de Guernica. Pasaba Rafael Alberti y María Teresa León. Clemente Cimorra con un clavel en la solapa. Paco Aguilar con su laúd. "Voy a visitar al maestro", decía y tomaba el tren hacia la Córdoba argentina donde vivía don Manuel de Falla. Me recuerdo de Raúl saludando a sus amigos, compartiendo los recuerdos todavía cercanos de la guerra civil, caminando con ellos hacia un local donde leyeron sus poemas Pablo Neruda, León Felipe, Raúl González Tuñón, Rafael Alberti.

Fue un día memorable. Rostros hirsutos de campesinos, de obreros, jornaleros, milicianos, mujeres que llegaban de los mercados de España, de navegaciones, de la viudez, del miedo, niños que no verían a sus padres, todos estaban allí, oyendo a sus poetas, a los hombres que podían traducir en palabras lo que ellos habían vivido diez años antes. Uno de esos poetas era Raúl, el amigo de Miguel Hernández, el que había estado en La Casa de las Flores con García Lorca y con Neruda, el sobreviviente de los grandes naufragios, el de los congresos antifascistas y los viajes azarosos y también el poeta de los fondines y la marinería, de las pensiones tristes, de los barrios, el admirador de Buster Keaton y los pianolas y las postales cursis, el amigo del circo, el compañero fraternal, el que decía: "Traigo la palabra y el sueño, la realidad y el juego de lo inconsciente, lo cual quiere decir que yo trabajo con toda la realidad". Y así era. La selección de su poesía que acaba de publicar Casa de las Américas, lo vuelve a confirmar una vez más.

